

## XXI

Como siempre, César se había lanzado á aquella empresa fiado en su fortuna.

Llegado á la costa de Africa, se halló con pocos viveres para los hombres y poco forraje para los animales.

Pero ya se había encontrado en Dirraquium en una posicion mucho mas difícil.

Puso los hombres á media racion, estableció pescadores en la costa para tener pescado fresco, y alimentó los caballos con musgo y algas marinas machacadas en agua dulce y mezcladas con grama.

Durante su corta permanencia en Sicilia le habían hablado mucho de las fuerzas de Scipion.

Este, en efecto, tenia ciento veinte elefantes y diez legiones, sin contar cuatro que había formado

Juba; además, una infinidad de arqueros y una escuadra formidable.

Al día siguiente de aquel en que había desembarcado cerca de Andrumeta, donde mandaba Considio con dos legiones, vió César aparecer de repente, á lo largo de la costa y paralelo á él, á Pison con toda la caballería romana y tres mil númidas.

César solo tenia tres mil hombres y ciento cincuenta caballos, pues aun no había llegado el resto de su ejército. Viendo su inferioridad se atrincheró delante de la ciudad, sin permitir á nadie salir á merodear.

Los baluartes de la ciudad se coronaban tambien de soldados, que visiblemente se preparaban á hacer una salida.

César cogió algunos hombres de caballería, dió la vuelta á la ciudad para reconocerla y volvió á entrar en su campamento.

Entonces empezaron las dudas contra él y los murmullos contra su génio.

¿Cómo era que no había dado, segun costumbre, órdenes selladas á sus oficiales? ¿Cómo no les había indicado un punto de reunion en aquella inmensa costa de Africa, en vez de dejar errar la escuadra á la ventura?

Pero á aquellos reproches César contestó las siguientes palabras:

¿Cómo indicar un punto de reunion en una costa en que no habia una pulgada de terreno que le perteneciera? ¿Cómo esponer á sus tenientes, que se dejaban batir donde quiera que él no estaba, á ser derrotados en su ausencia, si por casualidad sus buques andaban mas que los suyos?

¿No era mejor esperar que él mismo escogiese el punto del desembarco y que despues se reuniesen todos con él?

Ademas, la posicion estaba lejos de ser tan mala como se decia. Podian entrar en tratos con Considio. Planco, teniente de César, era antiguo amigo suyo y recibió autorizacion al efecto.

Planco, pues, escribió á Considio para atraerlo al partido de César, y le mandó la carta con un prisionero.

—¿De dónde vienes? le preguntó Considio.

—Del campamento de César, contestó el mensajero.

—¿Y á qué vienes?

—A traerte esta carta.

—Que maten á ese hombre y que se devuelva la carta á César sin abrirla, dijo Considio.

Se trataba de tocar retirada; César abandonó su campamento, pero tan luego como se conoció su resolucion, los de la ciudad hicieron una salida y la caballería númera empezó á perseguirle.

Entonces César mandó que su infantería, cuyo armamento era muy pesado, hiciera alto, y dió orden á veinticinco ó treinta ginetes galos que casualmente llevaba consigo, cargaran á los dos mil númeras de Juba.

Los galos tomaron el galope, y por milagro pusieron en precipitada fuga á aquel torbellino de enemigos.

César volvió á emprender su marcha, colocando en la retaguardia á sus antiguas cohortes, á las cuales acababa de hacer ver con qué enemigos se las habian, y á la caballería á la que los treinta galos acababa de dar ejemplo; de modo que la persecucion del enemigo se calmó algun tanto.

Ademas, en medio de todo esto, cada cual tenia la vista fija en César, y como se le veia segun su costumbre, con el semblante apacible y mas que apacible, cada cual decia:

—Está tranquilo el general: todo va bien.

Todos hacian su deber. En efecto, se iba mejorando la situacion: las ciudades y las fortalezas por delante de las cuales pasaba, enviaban víveres de todas clases á César y la protesta de que podia disponer de ellas.

Se detuvo con estas condiciones cerca de Ruspina, y al dia siguiente levantó el campo para dirigir-

se á Leptis, ciudad libre que se gobernaba por sí sola. Leptis le envió iguales protestas.

César mandó custodiar sus puertas por hombres que le eran adictos, poniendo centinelas con la mas estricta consigna de no dejar entrar á ningun soldado en la plaza: temia algun desórden, y que el mismo desórden hiciera variar la buena voluntad de los habitantes. Despues acampó en las mismas puertas.

Al otro día la fortuna de César trajo á la vista de Leptis parte de los buques de trasporte y algunas galeras que le pertenecian.

Traian la noticia de que el resto de la escuadra, en la duda del punto en donde habian de desembarcar y habiendo sabido que Utica estaba en buena disposicion para con César, habian dado á la vela en direccion de Utica.

En el momento César mandó á diez galeras. Unas iban á reclutar hombres y municiones á Cerdeña; otros iban en busca de víveres á Sicilia; en fin, las demas llevaban encargo de reunir la escuadra y conducirla á Leptis.

Entonces César se dirigió á Leptis, á Ruspina; hizo montones de víveres y de maderas en aquellas ciudades, y á pesar de la poca fuerza que tenia, les dejó á cada una su guarnicion para que en caso de derrota fuesen refugios seguros para su escuadra.

Ademas, con enemigos como los que tenian á su frente, era preciso preverlo todo.

Un día que sus soldados, que no tenian nada que hacer, se divertian en ver á un africano que bailaba y tocaba la flauta, y que encantados por semejante espectáculo, habian dejado sus caballos á los palafreneros y se habian sentado al rededor del mimo, aplaudiéndole y gritándole: ¡bravo! con la misma tranquilidad y el mismo entusiasmo que si hubieran estado en el Circo de Roma; de repente les envolvió la caballería nómida, se arrojó sobre ellos y persiguiendo á los fugitivos, entró mezclada con ellos en el campamento; hasta tal punto, que si César y Polion no hubieran salido juntos y no se hubieran arrojado personalmente en su auxilio, con aquellos galos tan difíciles de intimidar, la guerra se habria acabado aquel mismo dia.

En otro encuentro poco mas ó menos igual, que pánico igual al de Dirraquium, se apoderó de los soldados. Un porta estandarte huia llevando su águila: César corrió tras de él, le cogió por el cuello, y obligándole á hacer frente al enemigo le dijo:

— Te equivocas; el enemigo está por aquel rumbo.

En el momento en que César inquieto y lleno de zozobra, iba á dejar guarniciones en las ciudades de Ruspina y de Leptis y marchar en busca de su escuadra, se señalaron un gran número de velas, que bien pronto se reconocieron por ser amigas. Era la escuadra que habia enviado César y las galeras que se habian reunido á este.

Se necesitaba un refuerzo de víveres.

César se puso á la cabeza de treinta cohortes, y se internó en el país con objeto de hacer una *razzia*. Pero apenas habia marchado tres cuartos de legua cuando sus exploradores se replegaron y anunciaron al enemigo.

Casi al mismo tiempo se vió un gran torbellino de polvo que se elevaba.

César reunió al momento cuatrocientos caballos y algunos flecheros, y mandó á sus legiones que le siguieran al paso, haciendo practicar un reconocimiento hácia lo que parecia una masa de enemigos.— Era Labieno.

Formó á sus soldados en una sola fila, tan apretada, que desde lejos, y aún cuando no tuviera mas que caballería interpolada con flecheros, y escuadrones de reserva en ambas alas, se le figuró á César que no era mas que infantería.

En su consecuencia formó sus treinta cohortes en una sola línea, cubrió con sus flecheros el frente de batalla, y el flanco con su caballería, dando aviso á todos para que hicieran los mayores esfuerzos para no dejarse envolver.

Pero de repente César quedó inmóvil y esperando el ataque: habia visto con quien iba á pelear, pues la caballería enemiga empezó á estenderse y á envolver sus alas, mientras que desde el centro de batalla emprendia una carga mezclada de infantería ligera.

No tan solo la sostuvieron los cesarianos con pie firme, sino que habiendo cargado á la carga, los caballeros númidas, mientras la infantería atacaba á los cesarianos, volaron como una bandada de pájaros y fueron á rehacerse á unos quinientos pasos del lu-

gar de la acción; después volvieron á galope, dispararon sus proyectiles y de nuevo tomaron el vuelo.

Este era nuevo modo de combatir, y poco faltó para que no fuera fatal á los soldados de César, porque estos, viendo á los ginetes nómadas retirarse, creyeron que huyan, y se ponían á picarles la retaguardia.

Entonces César tomó el galope y corrió por toda la línea, porque desde el primer instante había conocido lo que estaba pasando: los soldados, lanzándose en persecución de la caballería, descubrían su flanco á la infantería ligera, que les acibillaba con sus flechas.

El mismo gritó y mandó publicar que nadie avanzase más de cuatro piés al frente de la línea de batalla.

Más á pesar de tales precauciones, la situación se hacía cada vez más grave, porque toda la caballería enemiga, fiándose en su número, envolvía completamente todas las cohortes de César, de modo que este se veía obligado á combatir en círculo.

Entonces Labieno, aquel encarnizado enemigo de César, el mismo que había mandado degollar los prisioneros en Dirraquium, el que había jurado la víspera de Farsalia no tomar descanso sino hasta después de haber vencido á César, Labieno, se adelan-

tó fuera de las filas nómadas, con la cabeza descubierta, y dirigiéndose á los cesarianos les gritó:

—¡Vaya, vaya! aun cuando no sois sino reclutas, os mostráis muy valientes.

Entonces un romano salió de las filas, y como en la Iliada, dijo:

—Yo no soy ningún recluta, yo soy soldado veterano de la décima legión.

—¿En dónde están sus estandartes, dijo Labieno, que no los veo?

—Espérate un rato, dijo el soldado, si tú no ves los estandartes, reconocerás, así lo espero, este venablo.

Al mismo tiempo, levantando su casco con una mano, con la otra lanzó el venablo, gritando:

—Toma el regalo que te hace la décima legión.

El venablo partió silbando, y fué á hundirse en el pecho del caballo de Labieno. Caballo y jinete cayeron al suelo, y por un momento se creyó muerto á Labieno.

Durante este tiempo, César estendía su ejército en un frente inmenso, y volviendo á cada extremo de la línea el frente de un batallón, partió, á la cabeza, de su caballería contra el centro de los pompeyanos, que rompió con el choque.

Al momento, y sin entretenerse en la persecución,

César tocó retirada temiendo alguna emboscada, y marchó en correcta formacion á su campamento.

Pero antes de que llegara, Pison y Petreyo con mil y cien caballos númeras y un grueso de infantería ligera, habian llegado al auxilio del enemigo. Con semejante refuerzo, reunidos los Pompeyanos, se habian lanzado en persecucion de César.

Este mandó hacer alto, dejó aproximar el enemigo, hizo operar á todas las tropas á la vez, rechazó á los pompeyanos mas allá de las colinas, despues de lo cual se retiró lentamente á su campamento mientras que Labieno por su parte se retiraba al suyo.

Al dia siguiente volvió á empezar el combate.

Labieno tenia ochocientos caballos galos ó germanos, ademas de los mil y cien que le habian traído la víspera Pison y Petreyo, ocho mil númeras y treinta y dos mil hombres de infantería armados á la ligera.

Creia que presentando la batalla á César en campo raso, César no la aceptaria. Pero César salió á campo raso y él primero atacó á Petreyo.

La lucha empezó á las once de la mañana y acabó al ponerse el sol.

César quedó dueño del campo de batalla, lo cual equivalia á una gran victoria en vista de la inferioridad de sus tropas.

Labieno tuvo gran número de heridos, que hizo trasportar en carros á Andrumeta.

Petreyo, herido en medio de la pelea, de venablo, fué obligado á retirarse á retaguardia y á cesar de combatir personalmente.

En fin, César tuvo todos los honores de la jornada.

Pero comprendió que mientras sus tropas no estuvieran completamente unidas, era milagro luchar contra fuerzas cuatro veces mas numerosas que las suyas.

En su consecuencia, hizo hacer dos trincheras desde su cuartel de la ciudad de Ruspinas hasta el mar, á fin de comunicar con uno y otro y recibir sin peligro los auxilios que esperaba.

Despues mandó sacar á tierra las armas y las máquinas que estaban en los buques, y armó á los soldados que estaban en la escuadra de Ródas y de las Galias.

Su intencion era de interpolarles con su caballería, imitando al enemigo, y eso debia producir tanto mas efecto, cuanto que la escuadra de Ródas traia excelentes flecheros de Siria.

La cosa urgia; Scipion llegaba dentro de tres dias, César lo sabia de cierto; y llegaba con ocho legiones, cuatro mil caballos y ciento veinte elefantes.

Pero tres dias para César eran para otro tres me-

ses. En veinticuatro horas se establecieron talleres para forjar flechas y venablos.

Pero como se preveía que la existencia de fierro se emplearía pronto, César despachó unos buques para Siria á proporcionarse fierro, angarillas y madera para hacer arietes: en la costa de Africa no habia madera á propósito para este uso.

En fin, ya no tenia trigo; los pompeyanos habian reclutado á todos los labradores: todo el trigo existente en las ciudades se habia consumido en las plazas fuertes, no habia existencia en los graneros.

Empezó á lisonjear á los ciudadanos; y se cautivó tan bien su voluntad, que cada uno acabó por compartir con él lo que tenia encerrado, conservado y oculto.

Siempre que queria César no habia nada imposible para él.

### XXIII

Scipion habia partido de Utica.

Allí habia dejado á Caton, á quien la ciudad debia no haber desaparecido de la superficie de la tierra.

Pero, al par que seguia siendo humano y misericordioso, Caton conservaba su ódio inveterado contra César.

Tenia á su lado al jóven Pompeyo, que se hallaba en uno de esos momentos de duda que asaltan á los corazones mas animosos, sumiéndolos en la inercia y la irresolucion, y sin cesar lo escitaba á la venganza.

—Tu padre á tu edad, le decia, viendo á la República oprimida y á las personas honradas muertas ó proscritas, animado por su valor y por su amor á

la gloria, reunió los restos del ejército que habia servido á las órdenes de su padre y libertó á Roma y á la Italia, sepultadas, por decirlo así, en sus ruinas; despues, con una rapidez sin igual, reconquistó el Africa y la Sicilia y se adquirió un nombre inmortal, habiendo triunfado casi al salir de la infancia y cuando no era mas que simple caballero. Y tú, heredero de su gloria, y que debieras serlo de su valor, ¿no irás á España á reunirte con los amigos de tu padre y á dar á la República el auxilio que te pide angustiada?

Animado con aquellas exhortaciones, al mismo tiempo que Scipion marchaba contra César, el jóven Pompeyo cogió treinta buques, entre ellos algunos de guerra, y se dirigió hácia la Mauritania con dos mil hombres, mitad libres y mitad esclavos.

Desgraciadamente su primera tentativa fué un fracaso.

Se acercó á la ciudad de Ascura, que tenia guarnicion, y le intimó que se rindiese; pero en lugar de ceder á aquella intimacion, como esperaba Cneo, la guarnicion salió, cayó sobre sus hombres y los derrotó y puso en fuga, de tal modo, que él solo tuvo tiempo de subir á uno de sus buques, y haciendo rumbo hácia las islas Baleares abandonó el Africa para siempre.

Durante aquel tiempo Scipion habia ido á acam-

par á Andrumeta y despues de dar allí algunos dias de descanso á sus soldados, llegó, tras una marcha nocturna, al campamento de Labieno.

Efectuada la reunion, empezó, gracias á su inmensa caballería, á hacer escursiones hasta el campamento de César, emboscándose y cayendo de improviso sobre los que iban á buscar agua y forraje.

César se halló en breve reducido á la mayor escasez.

Los convoyes de Sicilia y Cerdeña no llegaban, pues los buques no osaban acercarse á la costa por temor á las tempestades de invierno, y con solo una legua ó legua y media de país libre, cuando mas, carecía de pan para sus hombres y de forraje para sus caballos.

Juba supo por sus exploradores el estado de angustia en que se encontraba César, y siendo de parecer de que no se le debia dejar tiempo para repararse partió con todas las fuerzas que pudo allegar para ir á reunirse con Scipion.

Pero aprovechando aquella ausencia, Publio Sitio, partidario de César, y el rey Bogud,—á quien los romanos llamaban Bocco, y el cual hacia la guerra impulsado por su mujer Eunoe, enamorada de César,—entraron en los Estados del rey númida, tomaron por sorpresa á Cirta, que era una de sus capitales, y despues otras dos ciudades de Getulia, cuyos ha-

bitantes degollaron.—Juba supo aquellas noticias cuando solo se hallaba á algunas horas de marcha del campamento de Scipiou, y en seguida se detuvo mandando á pedir á este con urgencia todas las fuerzas que le habia prestado, escepto los elefantes.

Al mismo tiempo se esparecia el rumor—y la inaccion de César lo confirmaba—de que no era él sino uno de sus tenientes quien estaba en Ruspina.

César no queria que se pudiese creer, que desconfiaba de tal modo de su partido, que hiciese aquella guerra por medio de sus tenientes.

Así, pues, mandó mensajeros á todos lados con encargo de afirmar que él era en persona quien mandaba el ejército.

En cuanto se supo que, en efecto, se hallaba en Ruspina, empezaron á llegar correos, y varios personajes importantes se trasladaron á su campamento.

Todos se quejaban de la espantosa crueldad de sus enemigos.

Aquellas quejas lastimaban á la vez la misericordia y el orgullo de César, y en seguida mandó á decir al pretor Alieno y á Reveyo Póstumo, que le enviasen sin demora ni excusa alguna el resto de las tropas que tenia en Sicilia, pues no podia permitir que se degollase toda el Africa á sus propios ojos, agregándoles que si los refuerzos tardaban siquiera

un mes, cuando llegasen no hallarian quizá en pié una sola casa.

El, entretanto, permanecia sentado constantemente en un punto elevado de la costa, con los ojos vueltos hácia la Sicilia, esperando aquellos refuerzos cuya llegada debia de poner fin á su inaccion.

Despues, de tiempo en tiempo, no viendo aparecer nada en el horizonte, volvía al campamento y se fortificaba aun mas, abriendo un nuevo foso ó construyendo una nueva torre, levantándolas hasta en la orilla del mar, tanto para que sirviesen de defensa al ejército, como para que este no estuviese ocioso.

Scipion, por su parte, adiestraba los elefantes, distribuyendo sus honderos en dos secciones, una de las cuales lanzaba piedras á sus monstruosos aliados, mientras la otra los empujaba hácia adelante, si asustados con la lluvia de proyectiles querian emprender la fuga. “A duras penas podia conseguir su intento,—dice el autor de la *Guerra de Africa*,—pues el elefante mejor enseñado suele, en el combate, perjudicar tanto á sus amigos como á sus enemigos.”

Al mismo tiempo Scipion se entretenia cometiendo algunos asesinatos mientras llegaban las prescripciones de Roma.

Así Virgilio Petronio, que mandaba en Thapsa,

viendo algunos buques de César, juguetes de la tempestad, errar á la ventura sin saber el punto en que se hallaban, cogió algunas lanchas y chalupas, las llenó de arqueros y se puso á perseguirlos.

Mas de una vez sus pequeñas embarcaciones fueron rechazadas; pero un dia apresó uno de dichos buques, en que se hallaban dos jóvenes españoles, tribunos de la quinta legion, cuyo padre habia sido hecho senador por César, y un Centurion del mismo cuerpo, nombrado Salieno.

Los prisioneros fueron remitidos á Scipion, el cual mandó al punto que se les matase al cabo de tres dias, á fin de que tuviesen todo ese tiempo de agonía.

En el momento de la ejecucion el mayor de los dos jóvenes pidió por favor que le matasen á él primero para no tener el dolor de ver degollar á su hermano.

Como se dirigia á soldados y no á Scipion, fué atendida su súplica.

Se sabian esas crueldades en el campamento de César y el corazon de este lloraba sangre. Pero bastante fuerte á causa de sus defensas,—la principal de las cuales era su génio,—para no temer que Scipion fuese á atacarlo, no estaba seguro, sin embargo, atendido el corto número de sus tropas, de anonadar á su enemigo de un solo golpe, para osar aceptar una batalla decisiva.

Y todos los dias salia Scipion de su campamento é iba á ofrecerle aquella batalla, disponiendo sus tropas en frente de las trincheras como para el combate; permanecia en aquella situacion cinco ó seis horas y al llegar la noche se retiraba.

Al cabo de ocho ó diez dias de aquel ejercicio, convencido de que César temblaba delante de él, llegó á acercar hasta cien pasos de los atrincheramientos los elefantes, y detras de ellos su ejército todo, estendido en un frente inmenso.

Pero César no se dejaba irritar por aquellas demostraciones ni por las amenazas que las acompañaban; hacia entrar en el campamento, sin confusion ni tumulto, á los hombres que habian salido á buscar agua, forrage ó leña, y los acostumbraba á mirar al enemigo desde lo alto de los parapetos y á contestar á sus amenazas con silbidos.

El por su parte estaba tan seguro de que no osarian atacarlo, que ni siquiera se tomaba el trabajo de asomarse á los atrincheramientos y daba todas las órdenes acostado en su tienda;—lo cual no le impedía ir todos los dias al ribazo que dominaba el mar, á apresurar con sus votos y sus suspiros la llegada de los refuerzos que esperaba hacia tanto tiempo.